

ENTRE LA HERENCIA Y LA CONSTRUCCION DE TRAYECTORIAS

EL ANÁLISIS DE trayectorias sociales es el análisis de las variaciones en los niveles de capital de un individuo o de un grupo en un sistema de distribución de capitales espacial y temporalmente situado. Para describir los trayectos que han seguido los jóvenes y hacer proyecciones es necesario fijar un punto de partida. Para nuestros efectos, teniendo en cuenta que el campo en que nos estamos moviendo es fundamentalmente el escolar, estará definido por el nivel de escolaridad de los padres. En una sociedad en que el nivel de escolaridad se ha convertido en el mecanismo más importante para la asignación de posiciones en la estructura social, tanto por las posibilidades de trabajo e ingresos como por los símbolos que carga o el *status* que reporta, acceder a este dato permite un primer acercamiento a la posición social de los padres y al volumen de capital cultural que ha podido heredar cada individuo.

Mecanismos para medir esta variable hay varios. En este caso, teniendo en cuenta que el instrumento utilizado sería un cuestionario de autoaplicación que debiera ser comprensible para el conjunto de la población, se optó por medir la escolaridad por medio del nivel de educación que alcanzaron a completar padre y madre. Para eso se elaboró una escala con seis categorías que van desde los niveles más bajos, representados en el hecho de no haber completado el nivel básico, hasta los niveles más altos que corresponden a la obtención de un título de educación superior.

De acuerdo a estas categorías, lo más frecuente es que las madres hayan completado el cuarto año medio (la enseñanza secundaria). En esa condición se encuentra el 25,8%, una cuarta parte del total. Sin

embargo, una mayoría importante, que alcanza al 59,5%, presenta niveles de escolaridad inferiores a la secundaria completa, en la actualidad el nivel mínimo exigido para acceder a la gran mayoría de los puestos formales de trabajo. De este grupo, el 20,2% abandonó estando en la media, el 19,1% dejó como tope el octavo año de educación básica o primaria y el 20,2% no alcanzó a completar este ciclo. Si sumamos solamente los valores de los dos últimos grupos resulta que el 39,3% de los casos tiene una madre con niveles bajos de escolaridad, mujeres que no alcanzaron a cursar la educación media, cuyo contacto con la escuela es mínimo, ya casi olvidado, que si no están dedicadas a labores hogareñas, trabajan en actividades que no exigen mayor cualificación, casi siempre empleos mal pagados y de escasas proyecciones. Madres que hayan seguido estudios superiores son relativamente pocas, no alcanzan al 15% del total. De este grupo, 5,3% tuvo un paso inconcluso y no alcanzó a completar sus estudios profesionales, y sólo el 9,4% es hijo de una mujer profesional.

Cuadro 1
Nivel de escolaridad de la madre y el padre

Nivel de escolaridad	Madre	Padre
No terminó la educación básica	20,2	19,2
Terminó la educación básica	19,1	17,2
No terminó la educación media	20,2	17,5
Terminó la educación media	25,8	27,3
No terminó estudios superiores	5,3	5,9
Se tituló de una profesión	9,4	12,9

En líneas generales los niveles de escolaridad de los padres presentan las mismas tendencias, aunque en cada categoría se pueden apreciar márgenes de diferencia. Son dos las más significativas. La primera es que la proporción de padres que presenta bajos niveles de escolaridad es menor que la de las madres, tanto en el porcentaje de casos que no completó la educación básica como en el que sí lo hizo. También es menor el porcentaje de padres que no completó la educación media, con una diferencia que bordea el 3%. Estas dos diferencias repercuten en que el porcentaje de padres que terminó su educación media pasa a ser mayor que el de las madres y que lo mismo ocurra con la proporción de padres que completó estudios de nivel superior. Ésta es la segunda diferencia que nos parece importante, pues si hay paridad en

los porcentajes de madres y padres que no alcanzaron a terminar sus estudios superiores, la condición de *titulado*, que es la que certifica los estudios y dota a la vez de más y mejores cartas para acceder a algún área del campo laboral, es un 3,5% mayor entre los padres que entre las madres.

De todos modos, y más allá de que efectivamente existan diferencias en los niveles de escolaridad que presentan padres y madres, incluso que tras ellas operen patrones culturales que disponen caminos diferentes para cada sexo, los márgenes de diferencia no son lo suficientemente significativos como para que el eje sea el tema de género y no que la mayor parte de los jóvenes que estudia en el sistema municipalizado son hijos de padres con bajos niveles de escolaridad. En efecto, si hay algo que muestran los datos es que casi el 60% de estos jóvenes proviene de familias con padres que tienen niveles de escolaridad inferiores a la secundaria completa, hijos de hombres y mujeres con escaso capital escolar, situación que se acentúa si consideramos que las parejas de padres tienden a formarse entre hombres y mujeres con niveles de escolaridad similares. Los niveles de capital económico de las familias también son bajos, sus promedios de ingresos se mueven entre los 80 mil (unos ciento cuarenta dólares) y los 250 mil pesos (unos cuatrocientos treinta dólares), datos que permiten sostener que el sistema municipalizado concentra a una clase particular de sujetos, la población joven de los estratos más bajos, los peor posicionados en la estructura de estratificación social, con más bajo volumen de capital cultural y económico. Estos son los términos que definen el origen del grueso de los jóvenes, su primera coordenada en el espacio social, el punto desde donde arranca su trayectoria.

Ahora bien, tan importante como constatar esta condición general, que no es sino condición de clase, es notar que la escolaridad de los padres también configura grupos de individuos diferentes al interior del sistema municipalizado. No todos los jóvenes son hijos de padres con los mismos niveles de escolaridad. La incorporación de las familias al camino de la escolarización ha seguido ritmos diferentes, unas llevan más tiempo que otras en este campo, con más tiempo para la acumulación de esta especie de capital. Diferencias que se observan tanto al interior de cada unidad como a nivel de la estructura misma del sistema municipalizado. En cada establecimiento los niveles de escolaridad de los padres y las madres son diversos. En ellos conviven hijos e hijas de padres que no completaron el nivel básico con otros hijos e hijas de padres que están titulados de alguna profesión. Pero,

por otro lado, hay establecimientos en que las proporciones de padres y madres con baja escolaridad son comparativamente altos y otros en que es mayor el porcentaje de padres con la experiencia de haber cursado o completado estudios superiores. En Viña del Mar, por ejemplo, hay establecimientos como el Liceo de Niñas o el Liceo Guillermo Rivera en que los porcentajes de alumnos cuyos padres tienen niveles bajos de escolaridad son bastante menores que en otros como el Liceo Industrial de Miraflores o el Liceo Benjamín Vicuña Mackenna de Recreo. Mientras en estos dos últimos el porcentaje de madres con el ciclo básico incompleto representa respectivamente al 21% y al 20,9% de los casos, en los dos primeros los porcentajes respectivos representan al 8,6% y al 10,9%. Como contrapartida, en el Liceo de Niñas y el Liceo Guillermo Rivera el porcentaje de madres que tiene estudios superiores completos e incompletos llega al 36,5% y al 26,9%, respectivamente; mientras en el Liceo Industrial de Miraflores y el Liceo Benjamín Vicuña Mackenna esos niveles de escolaridad los tienen el 17,1% y el 16,9% de las madres.

Cuadro 2

Promedio de ingresos familiares por establecimientos

Liceo	Promedio ingresos familiares
Liceo Industrial de Miraflores	s/i
Liceo Benjamín Vicuña Mackenna	135.000
Liceo República de Colombia	100.000
Liceo de Niñas Viña del Mar	250.000
Liceo José Francisco Vergara	80.000
Liceo de Niñas Quillota	180.000
Liceo Comercial Quillota	200.000
Liceo Santiago Escuti Quillota	120.000
Liceo Agrícola Quillota	100.000
Liceo José Velásquez Puchuncaví	120.000
Liceo Sargento Aldea Ventanas	120.000

Las diferencias entre los promedios de ingreso familiar que presentan los distintos establecimientos confirman que si por un lado a cada unidad escolar asisten jóvenes que pertenecen a grupos diferentes, entre los establecimientos hay diferencias respecto a los grupos o la fracción de clase mayoritaria en la composición de la matrícula. Este punto es importante pues si ya la estructura del sistema escolar hace

de la pertenencia al sistema municipalizado una desventaja, estas diferencias intra-sistema municipal, fundadas muchas veces en elementos simbólicos vinculados a la imagen construida sobre un establecimiento, llámese «tradición» o «excelencia», pero que al mismo tiempo operan a través de los mecanismos de selección que aplican algunos establecimientos, convierten al establecimiento en un factor que reproduce las diferencias entre los distintos grupos que asisten a unidades escolares de dependencia municipal.

1. LAS MARCAS DEL ORIGEN

El nivel de escolaridad de los padres define el nivel de «cultura general» que habita en el hogar y en el cuerpo de cada uno de sus miembros. De él depende el contacto que cada individuo ha mantenido con la cultura escolar, el tipo y nivel de conocimientos que maneja desde niño, la afinidad entre la cultura del grupo de origen y la escuela, todos elementos que marcan las condiciones de partida en la carrera escolar. Los bajos niveles de escolaridad que presenta el grueso de los padres expresa sus consecuencias en el elevado 73,4% de casos que dice haber tenido dificultades para aprender en el transcurso de la educación básica. No es extraño que la mayor proporción se encuentre en el grupo cuyas madres y padres no completaron el nivel básico. Tampoco es de extrañar que los porcentajes vayan disminuyendo en la medida que aumenta el nivel de escolaridad de los padres y que el porcentaje más bajo se encuentre en el grupo con madre que se tituló de alguna profesión.

La relación con la escuela que tuvieron los padres constituye un referente para los miembros más jóvenes de la familia que se transmite a través de palabras o recomendaciones. A partir de ahí, de las imágenes que producen o las exigencias que imponen es que se delinean los caminos a seguir o las estrategias a aplicar, que por lo general estarán más ligadas a la escolarización dependiendo del valor que se le otorgue a la educación como proceso formativo y herramienta práctica. En el grupo con madre de baja escolaridad la alternativa de continuar estudios superiores al egresar de cuarto medio no es significativamente más importante que la alternativa de encontrar un trabajo. De hecho, mientras más bajo el nivel de escolaridad de la madre, mayor es la proporción de casos que piensa abandonar el curso de la escolarización e ingresar al mundo del trabajo. En los tres grupos con madres de más bajo nivel de escolaridad las proporciones de los que quieren

encontrar un trabajo al egresar de cuarto medio fluctúan entre el 20,5% en el grupo con madre que no completó el ciclo básico, el 19,6% en que completó este ciclo y el 18,2% en el grupo con educación media incompleta. El descenso significativo recién se produce cuando la madre completa la secundaria, en que el porcentaje que piensa buscar un trabajo baja al 11,6%, y llega a su nivel más bajo (9,7%) en los hijos de madres que se titularon de una profesión.

Cuadro 3
Proyecto al egreso por escolaridad de la madre

Proyecto al egreso	Escolaridad de la madre						Total
	Primaria		Secundaria		Superior		
	No terminó	Terminó	No terminó	Terminó	No terminó	Terminó	
Encontrar un trabajo estable	20,5	19,6	18,2	11,6	12,4	9,7	16,1
Continuar estudios superiores	25,2	29,7	31,4	42,6	41,3	52,8	35,3
Trabajar y estudiar al mismo tiempo	24,3	25,0	23,0	23,4	23,9	21,8	23,7
Trabajar un tiempo y luego estudiar	13,3	10,2	12,4	9,3	8,3	5,7	10,5
No lo tengo claro	16,6	15,5	15,0	13,0	14,2	9,9	14,4
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Como contrapartida, en la medida que aumenta la escolaridad de la madre, el curso de la escolarización se va haciendo comparativamente más importante como alternativa posterior al egreso. En los grupos cuya madre presenta un nivel inferior a la educación básica completa, el 25,2% quiere continuar estudios de nivel superior después de terminar sus estudios secundarios, porcentaje que aumenta gradualmente conforme se eleva el nivel de escolaridad de la madre y que llega al porcentaje más alto en el grupo cuya madre tiene un título profesional, con una proporción que alcanza al 52,8%. En esta curva, nuevamente la primera inflexión importante se produce al completar la madre la enseñanza media. Del 31,4% que quiere continuar estudios superiores en el grupo en que la madre no completó la educación media, se pasa al 42,6% en el que sí completó este nivel. Lo curioso es que en el grupo de hijos de madres que no completaron sus estudios superiores, la curva que venía en ascenso muestra una pequeña baja que llega al 41,3%. Este punto es ciertamente complejo. Sin duda que el solo

hecho de haber cursado estudios superiores supone ya un campo de experiencia diferente al de la escuela, la relación con otros tipos de saberes, más amplios, profundos, específicos, la participación en otras formas de relación con la institución escolar, la adquisición, en definitiva, de un volumen más alto de capital cultural. Por eso llama la atención que en los distintos cruces entre el nivel de escolaridad de los padres y los diversos aspectos relativos a las aspiraciones y estrategias, quienes son hijos con madre o padre que no pudo completar estudios superiores presentan niveles similares o incluso menores de apego al camino escolar. Quizás la experiencia del fracaso en el padre o la madre podría estar detrás de un discurso desencantado respecto a esta alternativa.

Cuadro 4
Mayor meta escolar con escolaridad de la madre

Mayor meta escolar	Escolaridad de la madre						Total
	Primaria		Secundaria		Superior		
	No terminó	Terminó	No terminó	Terminó	No terminó	Terminó	
Completar la secundaria	27,8	25,7	22,8	16,4	21,5	10,2	21,4
Ingresar a un CFT	6,2	5,2	5,8	4,1	4,1	4,2	5,1
Ingresar a un IP	16,1	15,4	15,7	14,3	10,3	11,4	14,7
Ingresar a la universidad	36,5	38,3	43,3	54,6	56,9	66,1	46,8
No lo tengo claro	13,3	15,4	12,4	10,6	7,1	8,2	12,0
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

El capital escolar de los padres influye también en las aspiraciones educacionales. La alternativa de dejar cuarto medio como tope máximo de escolaridad es más alta mientras menor es el nivel de escolaridad de la madre. Van desde el 27,8% en el nivel más bajo al 10,2% en el nivel más alto. Aunque aparece también en los porcentajes de cada grupo que tiene como meta el ingreso a un centro de formación técnica (CFT) o a un instituto profesional (IP), más altas mientras menor es el nivel de escolaridad de la madre y el padre, la diferencia a nivel de las disposiciones se observa de forma quizás más clara al analizar el porcentaje de casos de cada grupo que aspira ingresar a la universidad,

que es la institución que mejor representa la promesa del ascenso en la posición social por medio de la vía educacional, que van desde el 36,5% en los casos cuya madre no completó la educación básica, al 66,1% en que posee un título profesional.

Cuadro 5
*Lo que más tendría en cuenta al elegir una carrera
por escolaridad de la madre*

Elección carrera	Escolaridad de la madre						Total
	Primaria		Secundaria		Superior		
	No terminó	Terminó	No terminó	Terminó	No terminó	Terminó	
El campo laboral de la carrera	25,7	25,1	24,3	24,6	24,8	22,7	24,7
Afinidad de la carrera con mis habilidades e intereses	43,4	45,2	49,5	56,6	55,2	62,4	50,8
Los años de duración de la carrera	5,1	4,4	4,8	3,6	5,9	3,2	4,4
El costo de la carrera	16,1	14,5	11,8	9,5	8,6	6,4	11,9
No tengo interés en estudios superiores	9,7	10,8	9,6	5,7	5,6	5,4	8,2
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Si el camino de la escolarización es importante en todos los grupos, las lógicas discursivas que orientan las estrategias o la acción en este campo varían dependiendo del nivel de escolaridad de los padres. A pesar que la *vocación* como criterio para elegir una carrera de estudios superiores sea la más importante para todos los grupos, los porcentajes de casos que optarían por una carrera que sea afín a los intereses personales, punto cardinal en el discurso que vincula los estudios con la realización personal, varían dependiendo del capital escolar heredado. Las diferencias son significativas, del orden del 20% entre el porcentaje más alto y el más bajo. Mientras en el grupo con más baja escolaridad esta lógica representa al 43,4% de los casos, en el grupo cuya madre se tituló de una profesión ese porcentaje llega al 62,4%. Las

diferencias también se observan en los porcentajes de cada grupo que aplicaría lógicas más instrumentales. Si no hay mayor diferencia entre los porcentajes de cada grupo que optaría por una carrera pensando en el campo laboral que ofrece, no ocurre lo mismo con el porcentaje de casos que lo haría pensando en el costo del arancel. Este criterio aparece con mayor frecuencia en los grupos de menor escolaridad, familias para las cuales el balance entre costos y beneficios ocupa un lugar central, seguramente por las pocas posibilidades que tienen de convertir capital económico en escolar.

Lo importante en términos de trayectorias sociales es que si bien los datos muestran que el capital escolar heredado por el grueso de los alumnos del sistema municipalizado es bajo, los niveles de escolaridad de las distintas fracciones vienen en aumento. A ritmos diferentes, pero todos en aumento. Que una cuarta parte de los padres haya completado la secundaria refleja ya un giro respecto al nivel de escolaridad de sus antecesores, los adultos mayores, cuyos niveles de escolaridad son más bajos que el resto de la población, sobre todo en los estratos más bajos (cf. Mineduc, 2003; Mideplan, 2004). Los efectos de este fenómeno a nivel de la subjetividad de los grupos es notorio. De hecho, cuando la madre o el padre completa la educación secundaria se genera una inflexión respecto a los grupos de menor escolaridad al cruzar esta variable con cualquiera que indague el curso escolar o las aspiraciones y proyectos futuros. Además, el hecho mismo que estos jóvenes se encuentren actualmente de camino a completar la educación media, para muchas familias primera generación que alcanzaría ese nivel, produce un efecto de trayectoria importante que está modificando las estrategias de reproducción habituales en los sectores populares, tradicionalmente más ligadas al trabajo que a la escolarización.

La presencia de libros, diccionarios y enciclopedias en la mayoría de los hogares, en el 84,7% para ser precisos, en una proporción quizás tan alta como *La Biblia*, texto base de la interpretación religiosa-occidental del mundo, refleja la expansión del pensamiento Ilustrado y su llegada al seno de estos grupos hasta no hace mucho alejados de esta forma de pensamiento, que es el que promueve la institución escolar. Aunque todavía persistan fracciones que aún no incorporan estos elementos a sus hogares, sobre todo en los grupos con menor capital escolar, la masiva presencia en los hogares de estos símbolos del conocimiento de las ciencias habla de grupos que buscan formas o instrumentos para incorporar este saber a su hogar.

Esta transformación a nivel del *habitus* de estos grupos quedó grabado en varios pasajes de la conversación que se produjo en los grupos de discusión. A pesar que el discurso se haya producido desde la vivencia de la desventaja respecto a los jóvenes de otras clases, expresada en la sensación de inferioridad del estudiante del sistema municipalizado frente al de los sistemas subvencionados y particular pagado, el discurso que pregona a la educación como única vía que asegura trayectorias ascendentes forma parte central en el habla de los jóvenes respecto a su futuro.

Este giro de las estrategias hacia el camino escolar se observa también en el hecho que en todos los grupos que se distribuyen según el nivel de escolaridad tanto de las madres como de los padres, los proyectos que los jóvenes piensan realizar al terminar la secundaria están ligados principalmente a la continuación de estudios, aunque para lograrlo deban combinar trabajo y estudios o trabajar primero para luego estudiar. Además, de las alternativas que ofrece el sistema de educación superior, el ingreso a la universidad es la aspiración mayoritaria, independiente del nivel de escolaridad de los padres.

Para estos grupos, el efecto de trayectoria que arrastra el cambio en las estrategias que están formulando quienes hoy son jóvenes, su creciente valoración del camino escolar, contiene también una cara generacional. En el habla de estos sujetos, los padres ya no representan la imagen a imitar sino el límite a superar. No quieren ser *lo* que es el padre o la madre, sino *más* que ellos. La imagen del *surgir* es un punto fundamental y marca el tono de su discurso. Todos quieren surgir y el camino que aparece más efectivo es el de la escolarización.

2. LOS CAPITALES ACUMULADOS

Los cursos posibles para las trayectorias dependen de la posición de origen, de los niveles que se pueda heredar de cada tipo de capital, pero su curso concreto pasa por las acciones o las prácticas que cada uno desarrolla. Si la herencia define el punto de arranque de una trayectoria, el movimiento por cada campo que compone el «mundo social» determina los incrementos de capital que cada agente es capaz de generar.

La edad de los sujetos que componen la muestra reduce los ámbitos o campos en que su propia acción puede ser el motor generador de algún efecto de trayectoria relevante. El hecho que, salvo pocas excepciones, como algunos casos de maternidad, estos jóvenes perma-

nezcan casi todos en situación de dependencia, reduce las posibilidades que hayan podido generar incrementos relevantes de capital económico que sean producto de sus propios ingresos. Por este motivo es que el análisis se concentra en los acumulados de capital cultural y social que hayan podido generar estos jóvenes. La idea es seguir el sentido de las trayectorias construidas desde el origen hasta el presente y, desde ahí, ver las posibles relaciones entre estos capitales acumulados y las proyecciones futuras.

a) El consumo cultural

En las sociedades segmentadas por clases cada grupo posee elementos culturales propios, prácticas habituales enraizadas en sus costumbres, en la herencia de su historia. Conceptos como «cultura popular» o «alta cultura», giros semánticos que expresan la desigual incorporación de los diferentes grupos en las esferas de la cultura dominante. En este punto es claro el informe sobre consumo cultural en Chile que señala la desigual distribución del acceso a la cultura entre las clases (cf. INE, 2004). No todos van al teatro o al cine con la misma frecuencia. Los niveles de acceso al consumo cultural están segmentados por clase, y son menores mientras peor su posición. Los círculos de «amigos del arte» tienen poco radio, sus miembros pertenecen todos a las clases mejor posicionadas, personas que, como ironiza Bourdieu, «tienen tiempo para perder el tiempo» (Bourdieu, 1988).

Cuadro 6
Índice de consumo cultural

Categoría	Frecuencia	Porcentaje
Bajo	911	14,0
Medio	4.962	76,4
Alto	623	9,6
Total	6.496	100,0

Ahora bien, aunque es la medida más utilizada para el análisis de las prácticas culturales, el contacto con la cultura no pasa necesariamente por actos de consumo en un mercado de bienes culturales. En rigor, cualquier práctica cultural puede «cultivar» a la persona, hacerla más «cultiva». Leyendo se conocen obras y autores, se adquieren criterios estéticos para distinguir lo bueno de lo malo, lo que vale o no la pena.

Pero para leer no es necesario comprar. *El Quijote* se puede pedir en biblioteca. De ahí que la noción de *consumo cultural* vaya más allá de la conversión de capital económico en cultural y considere diversas prácticas que inyectan cultura al cuerpo, como el comer proteínas.

De los jóvenes que participaron en la encuesta, una mayoría amplia que representa al 76,4% de los casos, muestra un nivel de consumo cultural *medio*, porcentaje bastante mayor que el 9,6% que presenta niveles *altos* y el 14% que está en la categoría de *bajo* consumo cultural. No hay mayor variación relativa al género, aunque es levemente mayor la proporción de hombres que de mujeres con bajo consumo cultural y levemente mayor la proporción de mujeres que de hombres que presentan alto consumo. Estas tendencias, aunque sean estadísticamente poco significativas, no dejan de ser interesantes, pues representan transformaciones complejas en la conformación de la identidad femenina en las generaciones más jóvenes de los sectores populares, donde tradicionalmente la mujer ha jugado un rol más pasivo en términos de su inserción a la sociedad y la cultura.

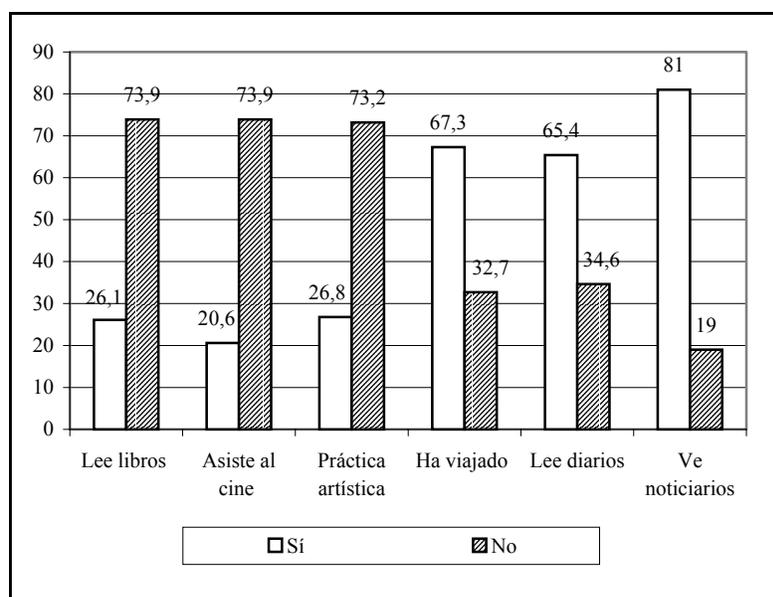
La proporción que ha incorporado la lectura como parte de sus hábitos es baja. Sólo 26,1% lee más libros de los que exige el liceo, porcentaje exiguo si tenemos en cuenta que los índices de lectura exigidos por el sistema escolar chileno son bajos en comparación con los de otros países.¹ Entre hombres y mujeres la relación con la lectura presenta variaciones significativas. Mientras el 18,2% de los hombres dice leer más libros que los mínimos incluidos en el currículum escolar, en las mujeres ese porcentaje es bastante mayor y llega al 32,5%.

También es bajo el porcentaje que asiste al cine habitualmente. Ir al cine, que para las personas cultas, los artistas o intelectuales, es una afición, o como suelen decir, un «vicio», para estos jóvenes constituye una práctica distante y poco frecuente. Del total de casos, el 20,6% dice haber asistido al cine en el último mes, porcentaje que es más alto entre los hombres que entre las mujeres, con un 22,4% y un 18,8%, respectivamente. El lugar de residencia no aparece como un factor determinante. De hecho no hay diferencias significativas que dependan de la comuna. Sí lo es el nivel de escolaridad de los padres. La proporción que asistió al cine en el último mes presenta su nivel más

1 Según los datos del informe PISA, que compara el estado de la situación educacional de una serie de países, los niveles de lectura entre los estudiantes chilenos muestran puntajes que están por debajo de los promedios internacionales (cf. Mineduc, 2003).

bajo en el grupo con madre de más baja escolaridad con un 15,8%, porcentaje que va aumentando conforme se eleva el nivel de escolaridad de la madre y llega a su nivel más alto (27,2%) en el grupo con madre titulada de una profesión. La participación en actividades artísticas es igualmente baja. Sólo una cuarta parte —26,8%— participa de este tipo de actividades, sin que hayan diferencias relativas al género. Las más importantes tienen que ver con el origen. En el grupo cuya madre no completó la educación básica, el 22,1% practica una actividad artística, porcentaje que aumenta conforme se eleva el nivel de escolaridad de la madre y que llega al 34,1% en el grupo con madre profesional.

Gráfico 1
Presencia de prácticas culturales



Que el cultivo por medio del arte sea más frecuente en los grupos con mayor herencia en términos de capital cultural no quita, sin embargo, que la disposición hacia estas prácticas sea poco frecuente en todos los grupos. En cada grupo hay una porción que efectivamente lee, va al cine o participa de actividades artísticas con frecuencia, pero son fracciones menores. En general los aumentos de capital cultural que tran-

sitan por esta vía se reducen sólo a una fracción del conjunto. Quizás por el hecho mismo de ser actividades «cultas», asumidas como propias de otras clases, el arte o la lectura no generan mayor identidad entre estos jóvenes. Algo diferente es lo que ocurre con la asistencia al cine, que lo más probable es que sí forme parte de sus gustos, pero que su baja asistencia se deba más al costo que encierra su acceso en términos monetarios.²

Las vías más frecuentes las encuentran en los medios de acceso masivo, los diarios y la televisión. El consumo televisivo es alto y no presenta mayores variaciones relativas al origen. De hecho, el 81% ve diariamente los noticiarios que emite la televisión abierta, porcentaje que bordea el 80% en todos los grupos distribuidos de acuerdo a la escolaridad de la madre o del padre. Aunque un poco menor que con los medios televisivos, el contacto con medios escritos también es importante. El 65,4% lee la prensa escrita, porcentaje parejo en todos los grupos, sin variaciones significativas atribuibles al nivel de escolaridad del padre o de la madre.

También es amplio el grupo que ha viajado fuera de la región. El viaje, aventura que permite ampliar la «visión de mundo» conociendo la geografía, los climas o las formas de vida que se llevan en otras latitudes, es una actividad que el 67,3% ha podido realizar en el lapso de los últimos tres años, porcentaje importante si tenemos en cuenta que en los estratos más desposeídos los «viajes largos» son escasos y que muchos de quienes viven en esta condición tienen pocas posibilidades de salir con frecuencia del entorno más inmediato.

El origen es una constante en la definición del capital cultural acumulado a través de lo que hemos definido como consumo cultural. Si utilizamos como referencia el nivel de escolaridad de la madre, los porcentajes que presentan bajo consumo son más altos mientras más bajo es la escolaridad de la madre. En el grupo cuya madre no terminó la enseñanza básica el 17% presenta bajo consumo cultural, mientras que esa condición se da en el 8% de los casos en que la madre tiene un título profesional. Lo contrario ocurre con los niveles altos de consu-

2 Si bien no estaba dentro de los objetivos de este estudio, sería interesante indagar el tipo de películas que conforman ese gusto, si van más por el lado del cine que produce la «industria» o por el del «cine arte» o «independiente», de las películas hechas para el gusto masivo y la entretención, o para gustos más refinados y que buscan experiencias más «elevadas».

mo cultural. Aquí el porcentaje de casos en esta categoría aumenta en la medida que se eleva el nivel de escolaridad de la madre. Mientras el 6,7% de los jóvenes cuya madre no terminó el ciclo escolar presenta nulo consumo cultural, entre quienes son hijos de madres con título profesional ese porcentaje, que es el más alto entre todos los grupos, llega al 14,2%.

Cuadro 7
Grado de consumo cultural por escolaridad de la madre

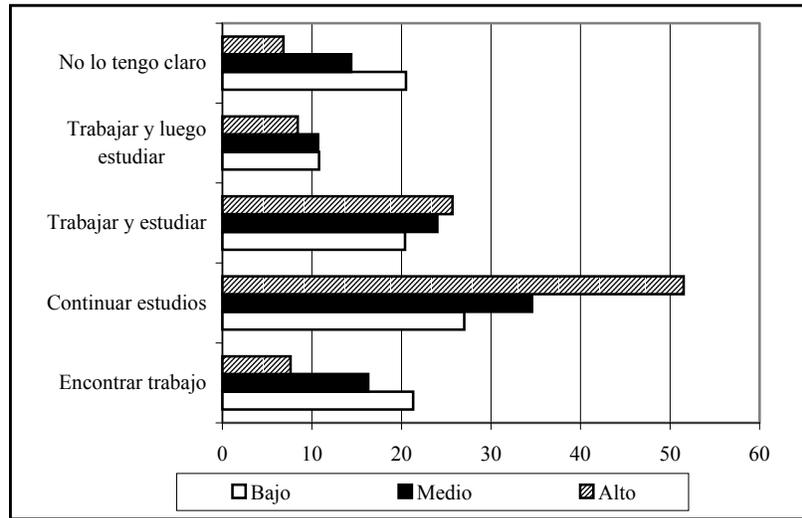
Grado de consumo cultural	Escolaridad de la madre						Total
	Primaria		Secundaria		Superior		
	No terminó	Terminó	No terminó	Terminó	No terminó	Terminó	
Bajo	17,0	16,4	13,5	12,5	13,0	8,0	14,0
Medio	76,4	75,4	77,3	76,5	74,0	77,8	76,4
Alto	6,7	8,2	9,3	11,0	13,0	14,2	9,6
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

De todas formas, en términos de trayectorias son dos los puntos importantes. El primero es que se observa una proporción de jóvenes cuyos padre y madre tienen un nivel de escolaridad menor a la moda, esto es, no completaron cuarto año medio, que sin embargo muestran un nivel alto de consumo cultural. Este grupo, pese a que proviene de familias con bajos niveles de este tipo de capital, ha venido acumulando un nivel de capital cultural más alto que otros individuos con las mismas condiciones de origen, se despegan de quienes tienen su misma condición, por lo general concentrados en niveles de consumo medio y bajo, y con ello rompe la tendencia del capital cultural que se hereda sobre el posible de acumular. El segundo es que hay fracciones que pertenecen a los grupos herederos de niveles comparativamente más altos de capital escolar, hijos de padres y/o madres titulados de alguna profesión, que sin embargo presentan niveles bajos de consumo cultural, con prácticas más cercanas a las que presentan los grupos herederos de niveles más bajo de capital.

Estos tipos de trayectos son importantes si tenemos en cuenta el efecto que produce la acumulación de capital cultural sobre las proyecciones de trayectoria. Consumir cultura constituye un mecanismo de integración. No sólo porque supone la participación en espacios comunes o porque entrega la posibilidad de mantenerse al tanto del pulso cultural. La adquisición de cultura refleja y a la vez configura

una mentalidad, introduce elementos que alimentan formas de ver el mundo, más amplias o más estrechas, más cercanas o lejanas a los mecanismos de integración social de una época dependiendo de lo que cada uno haya podido acumular en la práctica.

Gráfico 2
Proyectos al egreso por grado de consumo cultural



De hecho, en el grupo que presenta mayor nivel de consumo cultural es más alto que en el resto de los grupos el porcentaje de casos que piensa continuar estudios superiores al momento de egresar de la educación media, llega al 51,5%, porcentaje significativamente más alto que el 34,6% en el grupo con un consumo cultural medio y el 27% en el grupo de bajo consumo. Por el contrario, en este último grupo es comparativamente más alto el porcentaje que piensa trabajar después de terminar la secundaria, con un 21,3%, más alto que el 16% en el grupo con consumo medio y casi tres veces la proporción del grupo con alto consumo que declara el mismo proyecto. Del grado de consumo cultural depende también el grado de seguridad respecto al futuro. Esto no sólo porque en los grupos de más bajo nivel de consumo es más alto el porcentaje de casos que no tiene claro todavía su proyecto, sino también porque en los grupos con menor nivel de consumo los casos tienden a distribuirse en proporciones más o menos similares en

cada una de la alternativas de salida a la educación media, contrario a lo que ocurre en el grupo con alto consumo, en que la opción por continuar estudios es claramente mayoritaria. Además, mayores niveles de consumo cultural inciden también en las posibilidades de inserción social que sienten los sujetos. En el grupo con alto consumo es más alta que en los otros grupos la proporción de casos que siente tener muchas posibilidades de concretar sus proyectos y más baja la que cree no tener mayores posibilidades.

La acumulación de capital cultural por vías distintas a la estrictamente escolar también se traduce en mayores aspiraciones de escolaridad. Los antecedentes muestran que los incrementos de capital cultural se relacionan con un aumento en la proporción de casos que aspira llegar a la universidad. Además, mientras mayor es el nivel de consumo cultural, mayor es la proporción que se siente preparado para una carrera universitaria. La tendencia contraria se observa en la proporción de cada grupo que responde no sentirse preparado, que es mayor mientras más bajo el nivel de consumo cultural.

Con todo, la existencia de estos grupos que han dibujado trayectos ascendentes y que posiblemente sigan la misma dirección, no impide que la tendencia generalizada entre los jóvenes del sistema municipalizado sea mantener niveles medios de consumo cultural. Para todos los niveles de escolaridad de los padres el porcentaje más alto de casos se ubica en esta categoría, sin que se produzcan variaciones importantes entre un grupo y otro. En todos los grupos el porcentaje que no lee libros es alto; en todos los grupos la mayor parte no asistió al cine en el último mes. Esta fuerte tendencia entre los jóvenes del sistema municipalizado a mantenerse ajenos a «la cultura», sea a través del consumo o la actividad artística, sólo reproduce la segmentación en la distribución de capital cultural y las posiciones de los grupos en la estructura de este campo, tema aún más complejo si consideramos que es en los tramos de población más joven donde se concentran los mayores niveles de este tipo de prácticas (cf. PNUD/INJUV, 2003; INE, 2005).

b) Herramientas de modernización

La modernización es la infraestructura de la modernidad. Sus componentes son múltiples. Si en un principio el foco apuntaba sobre los cambios estructurales que eran exigencias para el desarrollo —la tecnificación de los procesos productivos, el logro de estándares en salud y educación, la reestructuración del mundo agrícola, entre otros— en

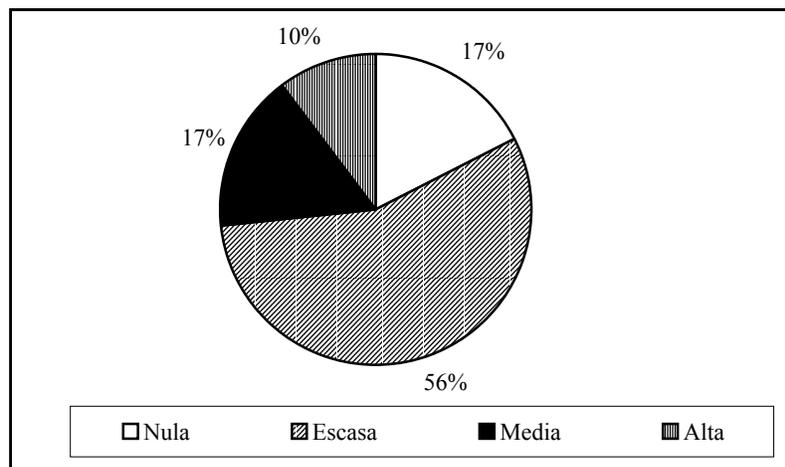
la actualidad la modernización cubre todos los aspectos implicados en la extensión del patrón moderno de sociedad y cultura.

Como proceso histórico, la expansión de la modernidad no es homogénea. Por el contrario, presenta desfases entre continentes, países, culturas, grupos, que se expresan en formas diferentes de incorporar sus elementos, maneras distintas de ser moderno o vivir la modernidad. Como dice un autor, «a la modernidad pertenecemos todos, aunque no todos ocupemos en ella el mismo lugar» (Fabelo, 2000). Todos somos modernos, pero no del mismo modo. Las diferencias pasan por las condiciones históricas de cada grupo, su posición, y la cercanía de su *habitus* con el *ethos* moderno.

En el informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), junto al Instituto Nacional de la Juventud de Chile (INJUV), sobre las transformaciones culturales y la identidad juvenil, el factor que aparece como el de mayor peso en la generación de desfases en la intensidad de incorporación a los procesos modernizadores en el conjunto de la población es la edad. Por la alta velocidad que han adquirido estos procesos, los «jóvenes» corren con ventaja respecto a los «viejos» cuando se trata de asimilar los cambios de época. Pero si es la población joven la que mejor incorpora las nuevas pautas culturales, los nuevos lenguajes y tecnologías, hay diferencias de grado entre las distintas juventudes, o entre los jóvenes de distintos estratos sociales. Sólo un segmento, los que pertenecen a los grupos mejor posicionados, con mayor capital económico y cultural, cuenta con las herramientas necesarias para moverse con desenvoltura en esta sociedad marcada por el desarrollo tecnológico y la «globalización» (cf. PNUD/INJUV, 2003:12-13). Para los otros, la imagen de una sociedad en constante cambio sólo queda en la imaginación, sin posibilidades ciertas de ser parte de su existencia.

En el caso de nuestro estudio, que pone el foco sobre una clase de juventud, el 55,8%, presenta *escasa* disponibilidad de acceso a las herramientas de modernización. Porcentaje importante, que si lo sumamos al 17,5% con *nula* disponibilidad, resulta que una mayoría considerable, que llega al 73,2%, presenta bajos niveles de acceso a estas herramientas. Diferencias entre hombres y mujeres en esta condición no hay muchas. Si por un lado el porcentaje con *escasa* disponibilidad es más alto en las mujeres que en los hombres, con un 57,8% y un 53,3%, respectivamente, en la categoría *nula* la situación se invierte y compensa con un porcentaje que es mayor entre los hombres (19,8%) que entre las mujeres (15,6%).

Gráfico 3
Disposición de herramientas de modernización

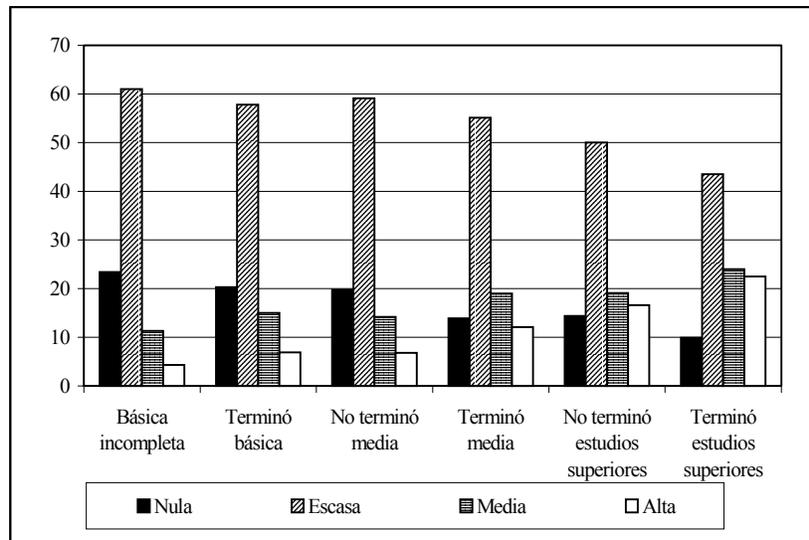


La proporción de casos que presenta un nivel *medio* es comparativamente baja, representa al 16,6% del conjunto de casos. Aun más bajo es el porcentaje con *alta* disponibilidad, que representa al 10,2%. En estos grupos el factor género tampoco es significativo. La proporción de hombres y mujeres con niveles medios es similar, aunque levemente más alta entre los hombres (17,2%) que entre las mujeres (16,1%). Lo inverso ocurre en la categoría *alta* disponibilidad de herramientas de modernización, que es levemente mayor entre las mujeres que entre los hombres, con un 10,6% y un 9,7%, respectivamente.

Tal como ocurre con los consumos culturales, las diferencias más importantes tienen que ver con el origen. Si tomamos como referencia la escolaridad del padre, se puede observar que los grupos con padres de menor escolaridad son los que en más alta proporción presentan baja disponibilidad de herramientas de modernización y que las proporciones descienden en la medida que aumenta el nivel de escolaridad del padre. En la situación de *nula* disponibilidad el porcentaje de casos llega al 23,4% en el grupo cuyo padre no completó la educación básica y al 20,3% en el grupo en que sí la completó, porcentaje que baja al 9,9% cuando el padre tiene un título profesional. La tendencia contraria se observa en la categoría de *alta* disponibilidad, cuyo porcentaje más bajo se encuentra en el grupo con padre que no completó

la educación básica, con sólo un 4,3%, y va aumentando conforme se eleva el nivel de escolaridad hasta alcanzar el tope máximo en el 22,5% que presenta el grupo con padre titulado de una profesión. Ciertamente hay fracciones de jóvenes que pertenecen a los grupos con bajo patrimonio en términos de escolaridad que se han venido incorporando de mejor manera a los procesos modernizadores que el patrón común de su grupo. Pero son fracciones reducidas las que logran este efecto de trayectoria, sin que alcancen a desviar la tendencia colectiva que apunta a mantener bajos niveles de integración a los procesos modernizadores. De hecho, la presencia de grupos con disponibilidades mayores o menores dependiendo de la escolaridad del padre no impide que para todos los grupos el porcentaje más alto se ubique en una situación de *escasa* disponibilidad de herramientas de modernización. Para la mayor parte de los jóvenes que asisten al sistema municipalizado la brecha en este campo no está resuelta.

Gráfico 4
*Disposición herramientas de modernización
por escolaridad del padre*



Si nos concentramos en las disposiciones respecto a las nuevas tecnologías y lenguajes podemos observar que estas tendencias se repiten. En los tiempos que corren, la integración a estos instrumentos repre-

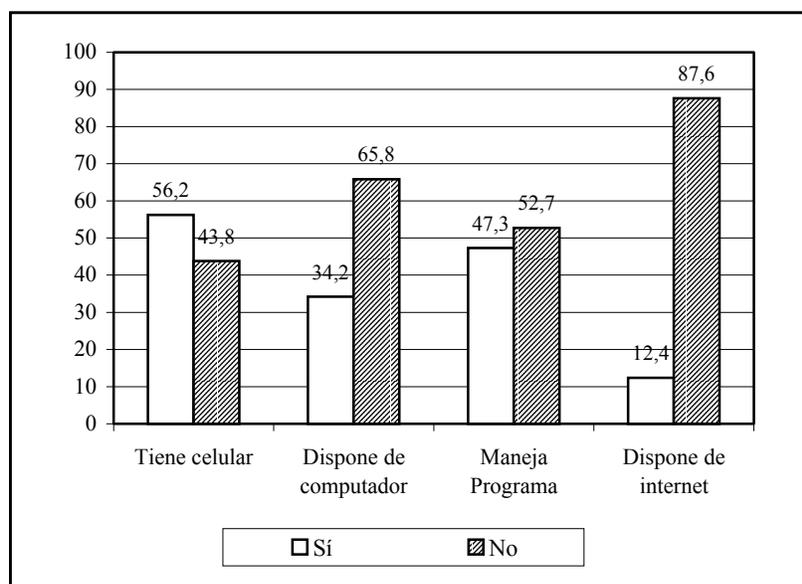
senta uno de los factores más determinantes para la integración cultural, sobre todo para los jóvenes. El tipo de tecnología que se viene desarrollando ha removido las fronteras físicas, cambiado la relación con el tiempo y el espacio, su concepto, elemento básico para la «visión de mundo» de cualquier forma de cultura. También ha cambiado el carácter de las relaciones sociales. La inmediatez de un vínculo ya no exige la presencia física. Para saber de alguien, cómo o dónde está, basta con llamar a su celular. Sin embargo, no todos tienen las mismas facilidades para disponer de los instrumentos que se requieren para participar de estas transformaciones.

De todas las nuevas tecnologías, la que más han incorporado estos jóvenes es la telefonía móvil. En un dato que es consonante con los obtenidos por la Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, cuyo informe señala que la presencia de teléfonos celulares es significativa entre los jóvenes, incluso los de estratos más bajos (cf. INJUV, 2004), el 56,2% dice tener celular propio, porcentaje alto si consideramos el costo de los equipos y los minutos de llamado. Hay diferencias relativas al nivel de escolaridad de los padres, pero no son estadísticamente significativas. Aunque son más altos en los grupos con padres de mayor escolaridad, en cada uno de ellos el porcentaje de casos que tiene un celular propio sobrepasa el 50%. Y es que el celular no es solamente un instrumento para comunicarse por vía telefónica. Su alta presencia en los distintos grupos difícilmente responde a una necesidad «objetiva»: el celular no es una «herramienta de trabajo». Opera más bien como un objeto cuya posesión es signo que reporta distinción a quien muestra que lo posee, soporte al mismo tiempo para la definición de una identidad en el grupo.

Con los computadores no ocurre lo mismo. Pese a las proyecciones que apuestan, como con las bicicletas en los ochenta, que en poco tiempo debiera haber al menos uno de estos instrumentos por hogar, entre los jóvenes que participaron en la encuesta una mayoría importante, que representa al 65,8%, aún no dispone de esta herramienta. Los niveles varían considerablemente dependiendo del grupo de origen. Mientras en el grupo cuyo padre posee un título profesional el 57,4% dispone de un computador en su hogar, en el grupo en que no terminó el nivel básico ese porcentaje desciende al 21% y al 26,6% en el grupo en que el padre completó este ciclo. Para estas familias de más tardía incorporación a la escuela, por lo general herederos de los grupos que han respirado desde lejos los aires de la modernidad, descendientes de migrantes campesinos o «pobres» urbanos, los compu-

tadores constituyen un «lujo» que permanece fuera de los ítems de inversión familiar. Sin embargo, la existencia de un porcentaje de casos que sí dispone de un computador en su hogar pese a los bajos niveles de escolaridad de los padres, refleja que en este solo hecho se expresa una disposición manifiesta por integrarse a la modernidad incorporando estas herramientas.

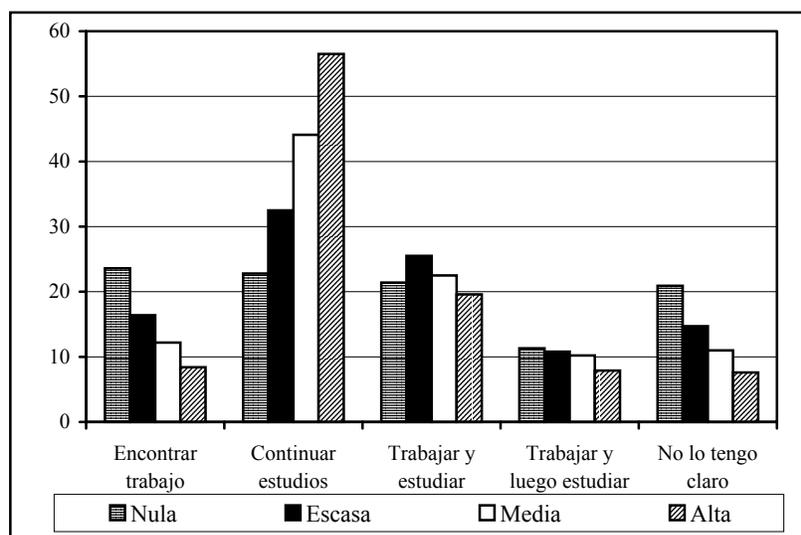
Gráfico 5
Presencia herramientas de modernización



No obstante la baja presencia de computadores en los hogares, el 47,3% de los jóvenes encuestados maneja al menos un programa computacional. La diferencia entre este porcentaje y el de computadores disponibles en los hogares releva el rol que está jugando la institución escolar como instancia de redistribución del acceso a estas tecnologías. Para la gran mayoría de los jóvenes el liceo es el único lugar donde pueden aprender el lenguaje de la informática o «navegar» por internet sin costo. Sin embargo, la imposibilidad de mantener un contacto permanente con un computador en el hogar, que es el lugar donde más se usa (cf. INJUV, 2004), es determinante en las diferencias de manejo del lenguaje computacional. De hecho, entre quienes tienen un com-

putador en su hogar, el 68,1% maneja un programa computacional, porcentaje que es considerablemente más alto que el 37,4% entre quienes no lo tienen. Y es que para quienes tienen un computador en su hogar, disponibles para ellos todo el tiempo, las posibilidades de contacto con estos aparatos es mayor que las de quienes sólo pueden manejarlos en el establecimiento escolar. También es más frecuente que el grupo que posee un computador disponga de acceso a la red de internet. En efecto, de quienes tienen computador, el 32,5% tiene instalado en su equipo algún mecanismo de acceso a esta red, grupo minoritario entre quienes disponen de un computador y claramente menor en relación al conjunto, si tenemos en cuenta que sólo un 12,4% de las familias ha incorporado esta herramienta en sus hogares.

Gráfico 6
*Proyecto al egreso por disposición
de herramientas de modernización*



Lo importante es no perder de vista el efecto que produce la disposición de herramientas de modernización en términos de trayectoria. Para los jóvenes, la disposición de estas herramientas es la base para armar sus proyectos de vida y dotarlos de sentido, para imaginar su futuro (PNUD, 2003). Disponer de las herramientas despeja la nebulosa

sobre lo que se podrá hacer para lo que viene. El hecho de tener bajos niveles de acceso a estos instrumentos de integración genera mayores niveles de incertidumbre respecto al futuro. Mientras más baja es su disposición, mayor es el porcentaje de casos que no tiene claro su proyecto una vez que egresa de la educación media. Pero no sólo eso. Análogo a lo que ocurre con el consumo cultural, los jóvenes que se encuentran en esta condición se distribuyen parejo entre las distintas alternativas que se pueden seguir luego de terminar la educación media. A su vez, la disposición de mayores o menores niveles de estas herramientas repercute en las expectativas que se generan de cara al futuro. Los que no disponen de ninguna de estas herramientas sienten en mayor medida que el resto de los grupos que no tienen ninguna posibilidad que sus proyectos y metas se concreten. En los grupos con nula y baja disponibilidad, esta postura representa al 27% y al 28,6%, respectivamente; mientras que en el grupo con alta disponibilidad ese porcentaje llega al 35,9%.

Mientras menos herramientas, peor es el panorama que se anticipa. No disponer de suficientes herramientas hace ver las metas propuestas como objetivos lejanos o difíciles de alcanzar.

Cuadro 8
*Proyecto al egreso por disposición
de herramientas de modernización*

Proyecto al egreso	Disposición de herramientas de modernización				Total
	Nula	Escasa	Media	Alta	
Encontrar un trabajo estable	23,6	16,4	12,2	8,4	16,1
Continuar estudios superiores	22,8	32,5	44,1	56,5	35,2
Trabajar y estudiar al mismo tiempo	21,4	25,5	22,5	19,6	23,7
Trabajar un tiempo y luego estudiar	11,3	10,8	10,2	7,9	10,5
No lo tengo claro	20,9	14,7	11,0	7,6	14,5
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Quienes están mejor integrados a los procesos de modernización, los que están más «conectados», no sólo creen tener mejores posibilidades

de lograr sus metas; también presentan mayor sintonía con el camino de la escolarización. De hecho, el 22,8% de los casos que presenta nula disponibilidad de estas herramientas piensa continuar estudios superiores al año siguiente de egresar de la educación secundaria, porcentaje que aumenta gradualmente conforme se eleva el grado de disponibilidad y llega al 56,5% entre quienes se encuentran en el grupo mejor posicionado en este campo.

En los grupos con menos herramientas, los caminos escolares se proyectan más breves. De hecho, el único grupo en que la meta escolar más alta es sólo completar la educación media es el que presenta nula disponibilidad, aunque también es alta en el grupo con escasa disponibilidad, que es la condición más frecuente. No es extraño entonces que las estrategias respecto al futuro más frecuentes entre quienes carecen de las herramientas suficientes estén más ligadas que en los otros grupos hacia el camino laboral. Mientras el porcentaje que piensa buscar un trabajo luego de egresar de cuarto medio llega al 23,6% entre quienes tienen nula disponibilidad de herramientas de modernización, entre quienes presentan alta disponibilidad ese porcentaje baja al 8,4%.

Esto no quiere decir que todos quienes tienen pocas herramientas para integrarse al nuevo contexto cultural y tecnológico desechen por completo la vía escolar. Hay una fracción también importante entre los jóvenes con esta condición que, pese a sus carencias, igualmente aspira a continuar estudios superiores, aunque el camino sea más pedregoso y en mayor medida que los otros grupos tengan que postergar los estudios para antes trabajar. Muchos de ellos se están planteando altas metas escolares, aspiran ingresar a la universidad y, en menor medida, a un instituto profesional.

Sin embargo, el efecto que produce poseer altos estándares en este tipo de herramientas se nota al comparar los porcentajes de cada grupo que quieren influir sobre sus trayectorias generando aumentos de capital escolar. De hecho, en los grupos con mayores herramientas el porcentaje que quiere continuar estudios superiores es bastante mayor que en los otros grupos, alcanza al 56,5%, lo mismo que con el porcentaje que aspira ingresar a la universidad, que siendo la meta más frecuente también en los grupos en condición de escasa y media disponibilidad de herramientas de modernización, alcanza en este grupo el porcentaje más alto, con un 64,9%.

3. CAPITAL SOCIAL ACUMULADO

Las redes de relaciones sociales de los distintos grupos tienden a cerrarse en círculos con estructuras más o menos estables. Desde las formas más elementales y fugaces de interacción hasta las más estructuradas y permanentes encuentran en el grupo o la clase de pertenencia un principio ordenador. Es mucho más probable que los individuos que pertenecen a un mismo grupo social tengan amigos en común o tiendan lazos familiares. Por eso es chico el mundo, porque los grupos lo reducen.

La red de contactos posibles de cada individuo va contenida en la herencia y será mejor o peor dependiendo de su posición de origen. Sin embargo, cada individuo puede ir ampliando el rango de contactos a lo largo de su vida. Mientras más amplia la red de contactos mayores serán sus posibilidades de encontrar en estas relaciones un soporte para generar inflexiones en el curso de su trayectoria. Sean informales o institucionalizadas, de alguna u otra manera y en uno u otro momento se pueden convertir en instancias de apoyo para el logro de metas, sean éstas individuales o colectivas. En este punto coinciden todos los enfoques que han trabajado el concepto de *capital social* (cf. Durston, 2004). Lo complejo y aún no del todo zanjado es cómo hacer operacionalizable el concepto, cómo transformarlo en objeto de medida (cf. Dávila et al., 2004).

a) La participación

Una forma de entrada para medir niveles de capital social pasa por registrar los niveles de participación en organizaciones sociales. Pese a que sus efectos sobre las trayectorias puedan permanecer latentes, la pertenencia a cualquier forma de organización social, sin importar su carácter ni el grado de formalidad, amplía la red de relaciones de un individuo, sus amistades, sus contactos. En el caso de los jóvenes que participaron en la encuesta, el 45,6% dice ser miembro activo de una organización social, porcentaje que pese a ser un 9% más bajo que la tasa de no participación, que llega al 54,4%, está por sobre la media de participación tanto regional —35,3%— como nacional —30,4%— (cf. Mideplan, 2004; INJUV, 2004). En este sentido, la imagen que figura a los jóvenes como sujetos alérgicos a cualquier forma de participación organizada es, a lo menos, infundada. El repliegue de la participación es un fenómeno de época, atraviesa a todas las clases de edad y a todos los sectores.

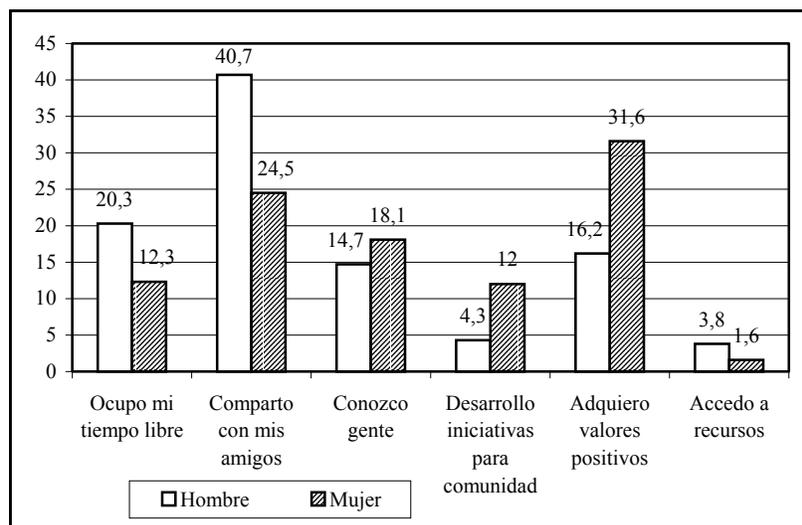
El porcentaje de casos que muestra distancia respecto a cualquier forma de participación, cuyas razones para no hacerlo son cuestiones de gusto o interés, está lejos de representar al conjunto de quienes no participan. De ellos, el 19,9% encuentra aburrido este tipo de prácticas y el 7,4% piensa que simplemente es una pérdida de tiempo. La principal razón para no participar de una organización va por otro lado y tiene que ver con el hecho de que no encuentran ninguna que interprete sus intereses. Ésta es la postura del 44,6% de los casos, reflejo de un interés que existe, pero que no encuentra o no conoce instancias de representación concretas.

Confirmando las tendencias de distintas mediciones (cf. INJUV, 2004), la participación juvenil se concentra en dos tipos de organizaciones: las deportivas y las de carácter religioso. En las primeras participa un 17,6% de los jóvenes encuestados y, en las segundas, un 11,2%. Algo más baja aparece la participación en organizaciones ligadas al *scoutismo*, que llega al 8,2%. Estas tres son las únicas instancias que presentan tasas de participación significativas. En los demás tipos de organizaciones los porcentajes se reducen, y no sobrepasa el 4% la más alta.

Distribuidos los casos por sexo, las tasas de participación resultan ser mayores entre los hombres que entre las mujeres, con un 55,3% y un 37,9%, respectivamente. Esta amplia diferencia, cercana al 20%, se debe principalmente al porcentaje de participación que ellos tienen en organizaciones deportivas, que llega al 30,1%, bastante más alto que el 7,6% de mujeres que participa en organizaciones del mismo tipo. La participación femenina se concentra en organizaciones de carácter religioso, con un porcentaje que representa al 14,2% del total de mujeres, casi el doble que la participación de los hombres en este tipo de agrupaciones. A partir de estas diferencias relativas al carácter de las organizaciones en que participan mayoritariamente hombres y mujeres se pueden comprender las diferencias de motivos que los mueven a participar. Para los hombres, más que para las mujeres, la participación tiene un sentido de «esparcimiento» o «entretención». Entre los hombres que participan de una organización, el 40,7% declara que su principal motivo es compartir con sus amigos, y el 20,3%, ocupar su tiempo libre. Entre las mujeres estas motivaciones son menos frecuentes, representan al 24,5% la primera y al 12,3% la segunda. Aunque participen en menor medida que los hombres, entre las mujeres que sí participan de una organización los motivos se ligan más a razones con un sentido, si se quiere, «espiritual», pero a la vez «social», orientado tanto al desarrollo interno como al

colectivo o comunitario. El 31,6% de las mujeres que participa lo hace movida por la adquisición de valores positivos, que para los hombres es una motivación menos frecuente que representa al 16,1%. También es más alta entre las mujeres que entre los hombres la frecuencia con que declaran motivos que se inspiran en la posibilidad de influir en el entorno, de aportar al desarrollo de la comunidad a través de iniciativas grupales o colectivas. Este sentido de la acción agrupa al 12% de las mujeres que participan de una organización, porcentaje tres veces mayor que el 4,3% de los hombres.

Gráfico 7
Razones de participar por sexo



Los aumentos de capital social por medio del capital político son poco frecuentes. La participación en organizaciones estudiantiles, para muchos primer eslabón de la «carrera política», es bastante baja y sólo representa al 3,6% de los casos. Ciertamente es que los organismos de estudiantes tienen pocos miembros. Pero la participación en organizaciones de carácter político fuera del liceo, sea un colectivo o un partido, es baja, casi nula, sólo llega al 0,7% del total de casos. Nada nuevo, se puede decir. La escasa participación de los jóvenes en instancias de carácter político, sobre todo las más tradicionales, es cosa ya conocida (cf. INJUV, 2004). El o la «joven militante», sujeto visible en décadas

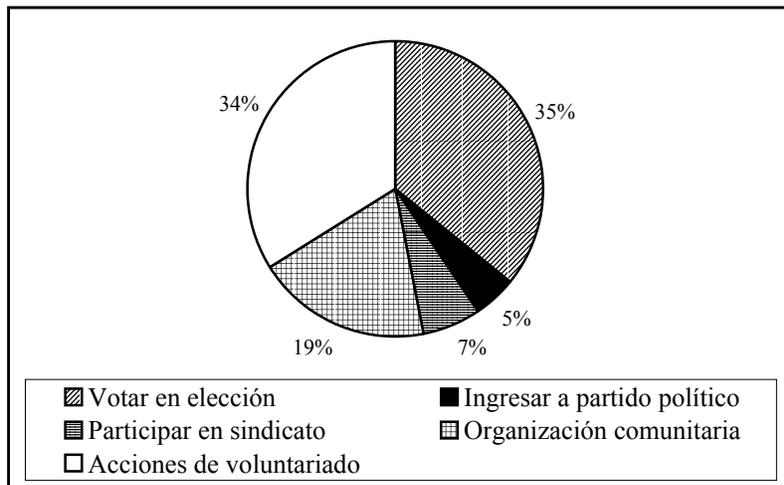
anteriores, ya casi no existe. Lo importante es que a futuro no se espera que esta situación cambie. Al menos ésa es la disposición de la gran mayoría de estos jóvenes. Si para algunos sectores de anteriores generaciones de jóvenes, además de la identidad ideológica, la filiación a un partido político contiene una estrategia para el posicionamiento social o incluso para la colocación laboral, este componente parece no estar presente en los jóvenes de estos grupos. Pensando a futuro, el 93,5% descarta la posibilidad de ingresar a un partido político, y sólo el 6,5% sí piensa hacerlo, principalmente jóvenes que actualmente participan de una organización de este tipo. La participación en sindicatos tampoco reviste interés entre los jóvenes que asisten al sistema municipalizado, que es donde se concentra una porción importante de los herederos más directos de la «clase obrera». El 90,7% dice que no piensa afiliarse a un sindicato cuando trabaje, en un dato que no es sino reflejo de la pérdida de significación social de estas instancias, en otro tiempo fundamentales para la organización de los intereses grupales de los trabajadores y su constitución como actores sociales. Solamente para aquellos que participan de organizaciones de carácter político los sindicatos siguen representando una instancia válida de representación, pero en general, la tendencia es que las que gozan de mayor validez son las instancias que se circunscriben al espacio comunitario y a acciones que apuntan a la promoción social desinteresada. En efecto, la participación en organizaciones comunitarias y en acciones de voluntariado son las que despiertan mayor disposición a adscribirse en el futuro, con un 27% y un 48,3%, respectivamente.

Todo esto no quiere decir que estos jóvenes permanezcan ausentes y sin interés por las temáticas societales contemporáneas. Frente a la alternativa de participar o no en un listado variado de temáticas, con la salvedad de la participación en una campaña política, en que el 86,5% dice que no participaría, los porcentajes que se declaran dispuestos a participar en movimientos que apunten a la defensa o promoción de derechos ciudadanos son altos, bordean o incluso superan el 80%, sin mayores diferencias entre géneros ni grupos de origen.

En este sentido, el discurso sobre la «apatía» de los jóvenes no refleja el sentir de la mayoría. La sensación de no poder hacer nada para contribuir al desarrollo democrático del país representa al 20,4%. El resto, cerca del 80%, de una u otra manera, sea participando en las elecciones, generando propuestas desde instancias comunitarias, participando en movimientos sociales o incluso —aunque en menor medida— ingresando a un partido político, piensa que los jóvenes consti-

tuyen un actor social importante. Interesante resulta el hecho que el aporte más importante que sienten pueden hacer es expresar públicamente sus demandas como estudiantes.

Gráfico 8
Participación futura



Esta alternativa representa al 38,6%, y en ella asoma el primer brote de lo que puede ser una fuente de identidad colectiva en los jóvenes que asisten al sistema municipalizado, no exenta de un componente de clase que facilita la segmentación misma del sistema escolar. Prueba de ello son los intentos embrionarios de reconstitución de Federaciones de Estudiantes Secundarios en Viña del Mar y las movilizaciones masivas convocadas con motivo de las demandas por beneficios en el sistema de transporte y el anuncio del Ministerio de Educación que pretendía reducir la ponderación del promedio final de educación media en el nuevo sistema de selección de ingreso a la educación universitaria.

b) El trabajo

La relación entre trabajo y capital social es doble. Por un lado, el recurso al capital social es la principal vía para la ubicación laboral. En los sectores populares, pero también en la clase alta, siempre es buena estrategia para encontrar trabajo recurrir a los contactos de familiares

o conocidos (cf. Márquez, 2001). Por otro lado, la actividad laboral constituye un mecanismo que amplía el espectro de contactos posibles de un agente. Trabajando se conocen personas, se establecen amistades o se comprometen favores que tarde o temprano pueden servir de puente para conseguir un trabajo.

Aunque cada vez menos frecuente en los jóvenes de sectores populares que están en edad escolar, sobre todo por la expansión en los niveles de cobertura de este sistema, para una porción importante de los jóvenes el trabajo es una experiencia que forma parte de sus vidas. Aunque actualmente el 65,2% no trabaja y sólo estudia, el 52% dice haber trabajado alguna vez. De ellos, la mayor parte lo hicieron entre los 14 y 18 años, que es el tramo de edad en que por lo general se está cursando la educación media. Sin embargo, no es menor el porcentaje que hizo sus primeras incursiones en este campo a edades tempranas. El 31,9% trabajó por primera vez teniendo entre 11 y 13 años, y el 9,4% lo hizo cuando apenas tenía 10 o incluso menos años de edad, condición que es más alta en los dos grupos con padres que tienen menor escolaridad, en que llega al 11,9% y al 10,5%. De ahí que las políticas que apuntan a reducir los niveles de trabajo infantil, en el último tiempo «tema de agenda» para autoridades y técnicos del área, tiene en el sistema municipalizado a buena parte de su «grupo objetivo». Situación compleja si tenemos en cuenta que quienes comienzan a trabajar a edades más tempranas es mayor la proporción que se encuentra activo actualmente y más compleja aún si consideramos que la de trabajar es una decisión que una porción importante de quienes han trabajado —el 42,9%— dice haber tomado en conjunto con sus padres.

Lo más habitual es que la condición de actividad no sea antagónica con la de estudiante. El trabajo entre los jóvenes es más bien intermitente. Muchos de los que trabajan lo hacen sólo en temporada de vacaciones (12,7%), y otros en forma ocasional según la necesidad (4,7%). Sólo el 11,5% se encuentra actualmente activo, 4,7% trabajando todos los días y 6,9%, sólo los fines de semana. Aunque las proporciones que dicen haber trabajado tienden a ser más altas en los grupos con padres de menor escolaridad, no hay una relación significativa entre la condición actual de actividad y el origen. En cada grupo que conforma la escolaridad de la madre o del padre los porcentajes en las distintas condiciones de actividad laboral son bastante parejos. No obstante, no deja de llamar la atención que el grupo en que más se conserva la condición de solamente estudiante sea en el grupo con padre y madre que terminó cuarto medio y no en los de más alta escolaridad.

Un factor que sí produce diferencias en las proporciones de casos que han trabajado y que actualmente trabajan es la condición de maternidad o paternidad. Aunque quienes son padres o madres constituyen un grupo bastante reducido que representa al 3,3% de la muestra, el hecho de asumir esta responsabilidad repercute en que en este grupo sean más altos los porcentajes de casos que se mantienen laboralmente activos. De quienes son padres o madres, 8,1% trabaja todos los días, frente al 4,5% de quienes no lo son; el 10% de quienes tienen hijos trabaja los fines de semana frente al 6,7% de quienes no; 15,8% trabaja en las vacaciones frente al 12,5% de quienes no tienen hijos; y 8,1% de los jóvenes que son padres o madres se encuentra actualmente buscando trabajo frente al 5,8% de quienes no los son que se encuentra en la misma situación. La mantención de un hijo es una razón de peso para trabajar o buscar trabajo, aunque se siga viviendo en casa de los padres.

Más allá de las razones que se esgriman para trabajar, que responden principalmente al afán por disponer de dinero para gastos que no puede costear la familia, que es lo que con más frecuencia valoran estos jóvenes del trabajo (46,2%), lo importante es que la experiencia que se adquiere trabajando no es cosa que pase y se olvide. Independiente del trabajo específico, el solo hecho de haber trabajado introduce en un campo de experiencias que entran en el complejo de elementos que configura las disposiciones de la acción. Lo complejo es la influencia que ejerce a nivel de las disposiciones. Por un lado, la experiencia del trabajo es capitalización para el campo laboral. Quienes trabajan o han trabajado han podido aprender lo que es el trabajo, están «familiarizados» con las lógicas que operan en este campo, que mueven las acciones de los agentes. No es de extrañar que la adquisición de experiencia sea uno de los aspectos que más valoran estos jóvenes del trabajo, sobre todo quienes han trabajado. Quienes tienen esta experiencia, más quienes actualmente la viven, se sienten mejor posicionados en este campo, en mayor medida que el resto de los grupos consideran estar muy preparados o preparados para desempeñarse con éxito en un trabajo. El 40,4% de quienes han trabajado se encuentra muy preparado para tener un buen desempeño en su trabajo, porcentaje que baja al 29,5% en el grupo que no ha trabajado. De hecho, para quienes trabajan todos los días la alternativa de buscar un trabajo al salir de la enseñanza secundaria concentra al 29,9% de los casos, mientras que en el grupo que sólo se dedica a estudiar esa alternativa es menos atractiva y representa al 13,4%.

Pero por otro lado, el hecho de trabajar arrastra una descapitalización respecto al capital escolar. Quienes han trabajado tienen en mayor proporción menores notas que los que no lo han hecho, porcentaje que crece entre quienes hoy se encuentran activos. Al comparar los porcentajes de este grupo con los que sólo estudian, las diferencias que se observan en cada rango de notas son significativas. El grupo que trabaja y estudia todos los días es el que en mayor porcentaje se ubica en los tres niveles más bajos de rendimiento y que en menor porcentaje se ubica en los de mayor rendimiento.

Cuadro 9
Proyecto al egreso y situación laboral actual

Proyecto al egreso	Situación laboral actual						Total
	Trabaja					Estudia	
	Y estudia todos los días	Fines de semana	En vacaciones	Ocasional	Está buscando	Sólo estudia	
Encontrar un trabajo estable	29,9	24,3	18,4	19,1	19,0	13,4	16,1
Continuar estudios superiores	20,1	25,7	26,3	25,5	20,6	40,9	35,2
Trabajar y estudiar al mismo tiempo	31,9	27,3	28,4	27,2	34,6	20,6	23,7
Trabajar un tiempo y luego estudiar	8,1	13,4	14,3	13,8	12,4	9,2	10,5
No lo tengo claro	10,1	9,3	12,5	14,4	13,5	15,8	14,5
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Quizás más relevantes son los efectos que produce la experiencia del trabajo en el plano de las disposiciones subjetivas de los sujetos, en sus aspiraciones y estrategias. Quienes han trabajado, sobre todo quienes actualmente combinan trabajo con estudios, en menor medida que quienes no trabajan se proyectan en la alternativa de continuar estudios superiores luego de egresar de la educación media. Mientras en el grupo que sólo estudia, 40,9% piensa en continuar estudios superiores al año siguiente de haber egresado, en el grupo que trabaja todos los días ese porcentaje llega al 20,1%. En este sentido, para una fracción importante de quienes trabajan la experiencia laboral les dispone hacia

estrategias más ligadas al trabajo que a «la escuela». Al mismo tiempo, en un dato que es complementario al anterior, las aspiraciones en términos de escolaridad también tienden a ser de más corto alcance en los grupos que trabajan que en los que no lo hacen. En el grupo que trabaja todos los días la alternativa de solamente completar la educación media es la más alta, concentra al 33,9% de estos casos, porcentaje bastante mayor que el 18,9% de quienes sólo estudian que piensa hacer lo mismo. Lo contrario ocurre en los porcentajes que aspiran llegar a la universidad, que en este último grupo es la máxima aspiración para el 50,5%, mientras que en el primero lo es del 32,2%. Para quienes trabajan, más que para quienes no lo hacen, las alternativas de ingresar a un centro de formación técnica es más frecuente que en los otros grupos, lo mismo que la de ingresar a un instituto profesional. Además, quienes están actualmente trabajando, más que el resto de los grupos, optarían por una carrera pensando en el campo laboral que ofrece, en los años que dure y el costo que tenga. Su lógica tiende a ser más instrumental que el resto de los grupos. De hecho, aunque es la respuesta más frecuente, en los grupos que trabajan los porcentajes que optarían por una carrera pensando en el desarrollo de sus intereses es bastante menor si los comparamos con el de los grupos que no están trabajando. La misma tendencia hacia lógicas más pragmáticas se observa en relación al ideal de trabajo. Los que actualmente trabajan, sobre todo quienes trabajan todos los días, son los que en mayor proporción piensan trabajar en cualquier labor o en donde mejor le paguen, y los que en menor proporción que el resto de los grupos busca en el trabajo alternativas de desarrollo personal que vinculen el trabajo con sus intereses o gustos.

En términos de trayectorias sociales lo relevante es el hecho de que la mayor parte de los estudiantes no trabaje y sólo estudie, refleja ya un cambio en las estrategias de reproducción de estos grupos que apuntan a privilegiar el camino escolar por sobre el laboral. Podemos encontrar múltiples indicios de este cambio de *habitus*. El hecho que trabajar afecte el rendimiento sea uno de sus aspectos más negativos para el conjunto de estos jóvenes, refleja una disposición generalizada a valorar la vía educacional. La alternativa de continuar estudios de nivel superior es la más frecuente, sin importar el tipo de estudios, si son de carácter técnico, profesional o universitario. Trabajen o no actualmente, la gran mayoría quiere seguir estudiando después de terminar cuarto medio. Incluso para quienes trabajan, sin importar con qué frecuencia lo hacen, la alternativa más importante de egreso es trabajar y estudiar al mismo tiempo. También se expresan cuando se

ven enfrentados a definir una forma ideal de trabajo, en que la alternativa más frecuente es que el trabajo tenga un vínculo con los estudios cursados. Esta alternativa representa al 46,4% del total de casos, la más alta en todos los niveles de escolaridad del padre y la madre y en todas las condiciones de actividad, tanto entre quienes han trabajado como en los que no lo han hecho, tanto en quienes actualmente están activos como entre quienes no.

Cuadro 10
Mayor meta educacional escolar por situación laboral actual

Mayor meta educacional	Situación laboral actual						Total
	Trabaja					Estudia	
	Y estudia todos los días	Fines de semana	En vacaciones	Ocasional	Está buscando		
Completar la secundaria	33,9	28,9	24,5	20,5	25,1	18,9	21,5
Ingresar a un CFT	8,1	9,8	5,0	7,1	6,1	4,3	5,2
Ingresar a un IP	15,1	15,5	18,0	13,8	12,2	14,1	14,6
Ingresar a la universidad	32,2	34,5	41,5	41,8	44,7	50,5	46,7
No lo tengo claro	10,7	11,4	10,9	16,8	11,9	12,1	12,1
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Lo complejo es que los cambios a nivel de la subjetividad han sido más acelerados que los cambios en las condiciones estructurales de estos grupos, en sus condiciones objetivas. Para la mayor parte de estos jóvenes las posibilidades concretas de continuar estudios superiores son escasas, sobre todo estudios universitarios, que es la aspiración más frecuente. De ahí que el giro hacia la escolarización encierre un alto grado de incertidumbre. En los grupos de discusión se siente la tensión entre trabajo y estudio. El fantasma del trabajo circula por el ambiente, quizás no tanto como situación concreta, como acción, pero sí como situación posible.

De ahí lo paradójico que puede resultar en un principio que el trabajo aporta una cuota mayor de seguridad respecto al futuro. Se podría pensar que el hecho de dedicarse exclusivamente a estudiar debiera traducirse en mejores expectativas de cara a lo que viene. Sin

embargo, ocurre lo contrario. Quienes están actualmente trabajando son los que en mayor proporción creen tener muchas posibilidades para concretar sus proyectos en el marco de condiciones que impone el Chile actual. Mientras en el grupo que trabaja todos los días y en el que lo hace sólo los fines de semana esta postura representa al 36,2% y al 34,8%, respectivamente, en el grupo que sólo estudia ese porcentaje llega al 28,9%. Probablemente esto se deba a que el contacto con el trabajo conecta con la que ha sido la estrategia más habitual y segura para la reproducción de estos grupos, la que siguieron sus padres y abuelos.

Cuadro 11
Posibilidades de realizar proyectos futuros y situación laboral actual

Posibilidades proyectos futuros	Situación laboral actual						Total
	Trabaja					Estudia	
	Y estudia todos los días	Fines de semana	En vacaciones	Ocasional	Está buscando	Sólo estudia	
Muchas	36,2	34,8	29,7	31,3	23,7	28,9	29,7
Pocas	43,6	45,0	50,3	52,2	56,7	46,6	47,7
Ninguna	4,4	7,2	3,9	3,0	7,1	4,7	4,9
No lo tengo claro	15,8	12,9	16,0	13,5	12,7	19,7	17,9
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

El análisis de los capitales heredados permite describir al conjunto de jóvenes que asiste al sistema municipalizado como una clase que presenta posiciones de origen relativamente cercanas. No obstante, esa misma relatividad es la que descubre la existencia de grupos dentro de este conjunto, de fracciones dentro de esta clase.

La importancia de fijar una posición de origen ha resultado significativa para el análisis de los capitales social y cultural que han podido acumular. Los diferentes cruces entre variables han demostrado que el grupo de origen actúa como límite para la construcción de trayectorias, define las herramientas objetivas disponibles y actúa a nivel de las disposiciones subjetivas que pavimentan la acumulación de capitales. Si ya los niveles de capital heredados por la mayor parte de estos jóvenes son en general bajos, la acumulación de capitales a través de prácticas paralelas a la escuela son relativamente poco frecuentes. La condición más extendida es que las acumulaciones importantes

de capital cultural y social se mantengan en niveles intermedios. Esta es la tendencia que se observa en cada índice analizado, reflejo de una tendencia colectiva a mantenerse en los márgenes de posibilidades que les imponen las condiciones de origen. Sin embargo, la presencia de grupos que habiendo partido en las posiciones menos favorecidas han logrado inyectar volúmenes de capital cultural y social en el transcurso de sus trayectos constata que la marca del origen no es definitiva. Este es uno de los puntos centrales que se pueden extraer del análisis, que es posible describir grupos que se han venido posicionando mejor o peor en lo que va de sus trayectos, aunque dependan de disposiciones estrictamente individuales.

Ciertamente la separación por tipos de capital ha servido como un ejercicio antes que nada analítico. Lo interesante es que, a pesar que se trata de especies de capital diferentes, que reportan recursos que se mueven en planos diferentes, es interesante notar que los grupos que han logrado mejores posiciones en el campo cultural tienden a ser también los que en mayor proporción participan de organizaciones sociales, y que los que presentan incursiones más regulares por el campo del trabajo tienden a presentar menores niveles de capital cultural.

La acumulación de estos capitales son marcas que influyen en la definición del futuro. El sentido que adquiere el trayecto seguido hasta el momento influye en el campo de las disposiciones subjetivas, en las estrategias, en las aspiraciones y en las expectativas respecto al futuro. No obstante, y pese a la importancia que reviste la acumulación de capital cultural y social, en el actual contexto histórico la influencia que juega el curso del proceso mismo de escolarización, lo que ocurre dentro del espacio institucional del liceo, el éxito o el fracaso en sus procesos, constituye la instancia más decisiva en la inyección de capitales para las trayectorias. La educación es el mecanismo más determinante en la estructuración de la sociedad chilena contemporánea (Wormald y Torche, 2004). Quizás más para los jóvenes de sectores populares que de otras clases mejor posicionadas, la educación es una de las pocas alternativas para generar acumulaciones sistemáticas de capital cultural que pudieran significar insumos en sus posibilidades de trayectoria. De ahí la necesidad de analizar lo que ocurre en ese proceso, en el curso por la escuela, para ver el grado de influencia que está ejerciendo sobre las posibilidades de trayectoria de estos jóvenes.